

Llegar en ferry

Nadia Villafructe

En este cuento de matices oníricos y surreales, la escritora Nadia Villafructe —quien recientemente publicó la novela Por el lado salvaje— confirma su talento narrativo explorando los ámbitos de la nostalgia y el desasosiego.

Vivo en una casa prestada. En la Ciudad de México sólo hace falta moverse de barrio para que los nuevos ruidos, las calles ocultas, una esquina en demolición, comiencen a borrar el pasado como lo haría un trapo húmedo con las huellas de la tiza.

Tras bajar la maleta de un edificio de ladrillos rojos, del tipo que hay en las zonas obreras de Manchester, estilo que desentona con las impersonales oficinas bancarias y las plazas comerciales a la redonda, me desplazé a otro edificio cuya escalera de caracol me recuerda a una época en la que se oía la radio de bulbo y las mujeres colgaban sus medias en el balcón mientras algún país en guerra y su paisaje granuloso se venían abajo.

No estoy tan lejos de la vida a la que acabo de renunciar pero el calor de Yalil, el dueño de una tienda de comestibles, hace que sienta cómo las tardes en las que me pasé preparando la mudanza ni bien hace un par de semanas, treinta cajas de libros, seis maletas, a eso se reduce mi cuerpo desmembrado ahora oculto en una bodega, cómo esas horas caen igual a las costras que uno quita de las paredes cuando las va a pintar otra vez.

Hay palmeras aquí. Y las palmeras son mucho más mi emblema que los pinos, tanto como una jaula define más mi naturaleza que una simple habitación. Hay palmeras porque éste es un barrio donde se concentran muchos árabes de clase trabajadora. La calle huele a shawarma, berenjenas y guisantes, y cuando voy por un café al expendio de junto me entretengo observando a

los viejos que fuman shisha y juegan dominó. Varios negocios tapizan sus paredes con banderas del Líbano. Conservan los objetos de sus países como signos vitales que les recuerdan, así sea ficticiamente, la pertenencia a otro territorio para no sentirse tan solos en una ciudad que condena a cualquiera a la intemperie. ¿Qué de malo tendrá la vida real con su horizonte lleno de tanques de gas e hileras de fábricas y grúas y puentes? El ayer dejando su salitre en la ropa del diario. Para no olvidar. Como si hubiera ocasión.

Palmeras, hombres con alguna reminiscencia turca en las ojeras violetas, tlapalerías, lavanderías, negocios de manicura que exhiben tras el cristal varios juegos de manos con uñas postizas sin nada que rasgar. Edificios con balcones llenos de plantas tropicales que me hacen pensar en la vieja Habana, y cantinas donde ficheras famélicas huyen del patrón montadas en sus zapatillas rojas embadurnadas de lodo. Zapatos, trastos, cacharros que venda, grita el ropavejero, también hay gallos a las seis de la mañana que me devuelven a mi niñez campesina. A la víbora de la mar se oye a lo lejos, en algún salón de fiestas donde una pareja de novios se está casando con una hipoteca de veinte años, con una baja tasa de interés anual.

Estas nuevas texturas poco a poco me revuelcan como lo hace la ola cuando estalla sobre la arena. Me siento espléndidamente vacía. Lo que no se va es el miedo, que siempre halla sus formas de arraigo. Estoy en una casa

prestada y no he dejado de soñar, no me refiero a soñar a la manera americana, yo nunca he pedido más que una existencia simple, sino a ese ejercicio inútil de mantenerse ocupado en el reposo, cuando el cuerpo nos abandona sin permiso y se echa a andar por lugares inseguros. Estos días de tránsito entre un domicilio y otro, los sueños emergen y a la vez se anclan en una profundidad conocida, renuente a su aniquilación. Su narrativa es tan lineal que no ocupo colgarlos con una pinza, como si fueran negativos de fotografías, para tratar de entender qué carajos significan. Eso sería empobrecerlos.

Bajo un galpón que me hace pensar de inmediato en la India, veo puercos, vacas y hombres, hombres sentados en largas bancas de madera esperando el turno para ser decapitados. Uno de esos hombres es mi abuelo; a su lado hay una caja de huevos Bachoco en donde yace oculto mi padre. Les cortarán la cabeza a ambos y no experimento angustia. Me parece de lo más natural posible, como cuando he ido a la carnicería a ordenar dos kilos de filetes, ver el cuchillo impregnándose de sangre.

Dos meses después aparezco en un pueblo pesquero que se llama 1127. Tengo un par de balas en forma de letras incrustadas en el escote. Me molestan, me pican, hasta que llega un doctor y me dice que simplemente hable, que abra bien la boca y mueva la mandíbula. Pala-

bras que se nos quedan en los molares como las piedras reposan, enredadas y oscuras, en el fondo de un río. Le confieso al doctor: “Voy a dejar que se maten, no es mi problema”, encojo los hombros y minutos después me convierto en una mancha en el suelo, más o menos parecida a esa fotografía de Sophie Calle en la que se observan las piernas desnudas de una mujer que, en una silla, probablemente contempla con piedad u horror (pero eso no se sabe porque las intenciones de su rostro están fuera de cuadro) su sombra proyectada en la baldosa: el montoncito de colillas en el que se convierte uno a los pies de sí mismo.

Travel around a una noche espesa por el polvo bajo la cual brilla, melancólica y desgarrada, una carpa de circo. Entro con mis padres y los dejo en las gradas. “Ellos lo necesitan”, le advierto a un domador enano, el cuerpo entallado en un traje blanco de látex. Me alejo dejando que mi nariz aspire el fuerte olor a estiércol. Es un recinto quieto y apacible. A lo lejos, en el aire, se retuerce un trapezista; sus movimientos son lánguidos y callados, preñados de sentido, hasta que se lanza desde la plataforma más alta hacia la pista.

Huyo de ahí pero me recibe de golpe la claridad del amanecer y me detengo en un estanque de lirios en donde una mujer está teniendo un parto. Por más que lo



© Sophie Calle



© Sophie Calle

intenta, el feto nunca sale y ella, vencida por el peso de su vientre, flota boca abajo amenazando con reventar.

Estoy exhausta. Llevo recorrido un largo camino durante esa noche. Las escenas siguen desplegándose sin que pueda detenerlas.

Hay un hotel de aleros altos, parecido a una hacienda de maderones pudriéndose bajo la luz cruda del lejano oeste. De pronto comienzo a gritar su nombre, el nombre de mi marido, aunque llamarlo así sea una inexactitud propia de la costumbre y sus maneras de echar raíces en el lenguaje. Ya no es mi marido pues luego de seis años juntos decidimos separarnos. Me cuesta trabajo gritar, las palabras salen espesas. “Ven, renté mi propia habitación”, le indico. Mi marido llega, estamos hechos ovillo uno detrás del otro, entonces muerdo su espalda y mi boca no puede desprenderse porque tengo caramelo en la dentadura. “¿Sabes qué leí ayer?”, me inquiere mientras intento desenchajar los dientes de su piel de papel para calcar. “Que una muchacha amaneció con un lunar negro en la mejilla y veinte días después de la aparición del lunar, murió”. “¿Y por qué me lo cuentas?”, pregunto. “Para que tomes ciertas precauciones”, es su respuesta. Mi marido se aparta de mí, prende un

cigarro, mira al techo. Se vuelve de nuevo para apretar su cuerpo contra el mío y me suelta al instante, en señal de rechazo. Se da la vuelta una y otra vez, el ansia le bulle en el interior, tiene insomnio.

Todos los objetos atentan contra mí ahora, ahora que vivo mis últimos días del mes en el país, pues pronto me iré a una isla en una tierra extranjera. Lo de la anterior noche fue el colmo. Estaba en el auditorio de las Naciones Unidas en Nueva York, al lado de un intérprete ruso que dirigía a un grupo de embajadores blancos, negros, marrones y amarillos. Veía sus bocas abrirse y cerrarse sin sonido, como si estuvieran en la pantalla de un cine y me dejaran sola en las butacas, en medio de un enorme silencio. Afligida, quise alcanzarlos cuando se iban, pero me di cuenta de que me faltaba el tobillo. El tobillo y el pie derecho. A falta de destreza para caminar con el muñón, decidí arrastrarme siguiendo las sombras y sus murmullos en distintas lenguas, entre las cuales pude identificar el acento golpeado, norteno, de alguien que hablaba en español.

Es muy fácil poner cosas en la memoria y después olvidarnos de lo que enterramos ahí. Todos los días, todas las noches vamos dejando briznas de nosotros; esto y aquello se queda ahí, en las almohadas. ¿Y adónde van esas briznas? Diminutas, recónditas, comienzan a crecer orgánicamente en una parte que ignoramos, hasta que se convierten en otro hueso, en una suave prominencia, en un moretón súbito que aparece en el mentón sin que sepamos por qué.

Qué bueno que creamos entender todo de nosotros mismos y en realidad no sepamos más que lo que se asoma: la punta del iceberg.

No he podido descansar como debería, eso también es cierto. La ambigüedad de estar mitad en la vigilia, mitad en la inconsciencia, de alguna manera justifica la naturaleza de lo que he estado imaginando o recordando de vidas pasadas o futuras. De lo que ya aconteció y se niega a desprenderse de mí, y de lo que está por venir y anticipa su cara. Acabo de renunciar a mi trabajo, de separarme de mi marido, de guardar mis pertenencias y de perder otras, incluido el gran congelador que fue la dicha y el orgullo de mi etapa doméstica, y me entretengo en preparar el próximo viaje. Uno no puede echar todo por la borda en medio de una tormenta, ¿o sí? No es gran cosa. Sólo estoy nerviosa y busco probar suerte en otro lugar. Ni siquiera he comprado mi pasaje. Ni siquiera sé si las personas que me rentarán una habitación en una isla muy lejos de aquí son las que son. Es lógico el recelo, mi precaria estabilidad. Soy de una nación donde la duda es la norma, y los desajustes interiores y las conjeturas, una herencia genética.

No he descansado bien y tampoco ayuda el perro. Me alojo en el departamento de un primo que toca el saxofón en una banda y pocas veces vuelve. La mayor



© Sophie Calle

parte de su tiempo está de gira en pueblos perdidos donde la gente parece ida, como si estuviera viendo dentro de sí y no le gustara el paisaje y se echara a las calles a bailar al ritmo de los metales y las tamboras a la menor oportunidad. Al lado vive una veterinaria que acaba de recoger de la calle a un perro del tamaño y la apostura de una pantera negra. Se le ve asustado. Al principio creí que se detendría pero luego de diez horas seguidas de ladrar me es imposible eludirlo. Confieso que la gente nunca fue mi especialidad. Tampoco las plantas y los animales. No me acuerdo por qué me voy. Sabía que iba a pasarme. Lloro y no puedo recordar las razones. Supongo que eso es lo que me intriga del perro que aúlla en el balcón contigo. Tampoco sé sus razones. Me gustaría contarle que su suerte es mejor que la de aquellos ovejeros alemanes que eran adiestrados para llevar mensajes, localizar heridos, o atacar a los conductores de los jeeps saltando sobre el coche en movimiento y tomando a los enemigos por la cerviz. Sé que si le digo esto se calmaría un poco. En su revés, recuerdo lo que pasa en un relato, aquél en el que un rey se propuso criar a un grupo de recién nacidos a través de nodrizas que podían amamantarlos pero no hablarles, hasta que los recién nacidos pudieran crear su propio idioma. Abandonados por el poder de las palabras, las criaturas fueron muriendo una a una.

Si hay demasiado contacto, la esencia de las cosas se estropea. Eso fue lo que destruyó mi matrimonio. Mi marido y yo hemos quedado en buenos términos, incluso me ha animado a escribir esto en un afán de *aclararme*. “Vas a estar bien”, dijo la última ocasión, sostenía una Carlsberg en la mano. Moví la cabeza como para expresarle que no lo podíamos saber, o que ya no tenía importancia. Él tenía jeans y una camisa de franela a cuadros, creo que ese día nos dimos cuenta de que habíamos comenzado a irnos hacia atrás en el tiempo. Se me cayó el contenedor de azúcar en la alfombra. Así se había caído alguna vez la sal y se había descompuesto el váter y me había estallado una flama del calentador en el pelo y los platos se erigían como una escultura contrahecha y sucia en la tarja. Se habían ido viniendo abajo muchas cosas sin que lo pudiéramos advertir. ¿Eran capaces los otros de mirar una silla desportillada, un sombrero ladeado en el perchero, y percibir a través de ellos la anomalía, el infinitesimal embrión de la catástrofe que habrá de cambiar después el curso de la historia? Me pareció increíble, por un instante, que aquél hubiera sido el lugar donde pasamos seis años juntos.

Por eso vine a escribir sobre los sueños recientes y agotadores. Imágenes que querría dibujar si tuviera manos impresionistas, estoy segura de que de todas formas los dibujos saldrían torcidos. Es muy histérico hacerlo porque ni así consigo la paz. Yo sé que cuesta lo mismo hacer todo el bien o todo el mal a través de una misma



© Sophie Calle

acción. Me gustaría golpear al perro hasta que yo pudiera esfumarme con él en sus ojos. Sólo pronuncio cállate, no ves que me asustas. Sé que debería acariciarlo pero mi mano aún no se atreve a experimentar pequeños actos de bondad. Me daría pánico sentir el agitado pulso latiendo bajo su piel de nutria. Es un alivio librarme de sus aullidos, y sin embargo su sumisión atenta con llevarse todo aquello sobre lo cual quiero poner mi temor.

Ésta es una de las razones por las que no volveré a casarme. Volví al punto en el que no tengo nada físico sobre lo cual guarecerme, salvo un boleto de avión que aún no he comprado, y un cuarto en alquiler en una isla adonde llegaré por ferry. Habrá que cruzar. Ver el agua con las luces de la urbe reflejadas sobre su superficie. Y ya se sabe que en el mar el reloj sólo es un cuarzo en el fondo submarino. Habrá que aferrarse a lo incierto.

Pero lo último que quiero ahora, después de años de expectativas fallidas, es seguridad. Más valdrá ser el sitio desde el cual se liberen las flechas. Lo que quiero es salir, yo reventando en todas las direcciones posibles, como si fuera un cohete que estalla en lo alto de la noche, donde no puede distinguirse en qué parte se abre el río y en cuál se extiende la tierra. Estoy segura de que una vez que llegue a la isla no sabré qué hacer, no sólo mañana ni en cuatro meses, sino ningún día. Por el momento limpiaré los restos de comida que yacen en la mesa, para volver a la normalidad. Porque la normalidad siempre flota bajo una luz declinante y ahí las cosas más trascendentes, como las migajas, perecen sin el menor atributo. **u**